



Espacios Públicos

ISSN: 1665-8140

revista.espacios.publicos@gmail.com

Universidad Autónoma del Estado de México

México

Rivas Nieto, Pedro; Rey García, Pablo
Bipolaridad y Guerra Fría en Iberoamérica. La Doctrina de Seguridad Nacional en el mundo de
bloques
Espacios Públicos, vol. 12, núm. 24, abril, 2009, pp. 161-175
Universidad Autónoma del Estado de México
Toluca, México

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=67611167010>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica
Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal
Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

Bipolaridad y Guerra Fría en Iberoamérica. La Doctrina de Seguridad Nacional en el mundo de bloques

Fecha de recepción: 17 de julio de 2008
Fecha de aprobación: 3 de septiembre de 2008

*Pedro Rivas Nieto**
*Pablo Rey García***

RESUMEN

El artículo estudia el desarrollo de la idea de bipolaridad y de Guerra Fría en el pensamiento y en la práctica de la Doctrina de Seguridad Nacional y de los regímenes militares que se pusieron a su servicio en América Latina.

PALABRAS CLAVE: Guerra Fría, bipolaridad, seguridad nacional, régimen político, geopolítica.

ABSTRACT

This article studies the idea of bipolarity and Cold War in the Doctrine of National Security and the military regimes in Latin America.

KEY WORDS: Cold War, bipolarity, national security, political regime, geopolitics.

INTRODUCCIÓN

Lo que intenta este artículo es descifrar cómo entendían el concepto de bipolaridad y Guerra Fría los defensores de la Doctrina de Seguridad Nacional, que reinó en América del Sur durante buena parte de los años

* Doctor en Ciencias de la Información y Magíster en Relaciones Internacionales. Profesor en Relaciones Internacionales en la Facultad de Comunicación de la Universidad Pontificia de Salamanca.

** Doctor en Ciencias de la Información. Profesor en Documentación Periodística en la Facultad de Comunicación de la Universidad Pontificia de Salamanca.

sesenta, setenta y ochenta del siglo XX. El monolitismo ideológico y la praxis semejante de los regímenes de Seguridad Nacional es un axioma indiscutible del cual partir en este trabajo y que, posiblemente, pueda ayudar a comprender los conceptos antes mencionados. No en vano los regímenes militares de Chile, la Argentina, el Brasil o Paraguay, por citar sólo a unos cuantos, tenían una cosmovisión común en virtud del ideario compartido. Y, al fin y al cabo, la gran tesis geopolítica relacionada con la Doctrina de Seguridad Nacional fue la división del mundo en dos bloques antagónicos –lo mismo, en principio, que ocurría en donde no había Doctrina de Seguridad Nacional– y la integración inevitable de América Latina en uno de ellos. Es más, tal y como decían algunos de los creadores de la doctrina, Iberoamérica formó parte del Occidente por necesidad científicamente fundamentada (Moro, 1976: 4-21).

Hay que recordar que para los doctrinarios de la seguridad nacional el Occidente había sido atacado por Oriente desde tiempos inmemoriales y la agresión en aquellos tiempos la representaba el comunismo. Occidente era la base geográfica constituida de los centros de poder –Estados Unidos, el resto de América, Europa Occidental, Australia, parte de África–, así como de la encarnación de la civilización y de la cultura occidental, del régimen democrático, del capitalismo y del cristianismo. Para ellos Occidente era un ideal, un propósito, y un programa, y era preciso occidentalizar el mundo entero (Martins, 1986: 20). Esta rigidez llevó a que no se tuvieran en cuenta las transformaciones habidas en el campo socialista –como el enfren-

tamiento chino-soviético o los cambios de rumbo de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS) tras la llegada de secretarios generales del Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS) más o menos afectos a la ortodoxia marxista– porque se entendía que no modificaban la bipolaridad. Es más, los cambios se interpretaban como tácticas del comunismo para lograr el dominio mundial. Los dos polos vivían en permanente enfrentamiento e Iberoamérica se integraba en Occidente tanto por pertenecer geográficamente a él como por vocación, en una especie de destino manifiesto a la sudamericana.

BIPOLARIDAD Y DESTINO

Actores e imperativos políticos

Los doctrinarios de la seguridad nacional quisieron hacer de la geopolítica la base racional privilegiada del Estado y a aquella unieron la bipolaridad. Quizá el efecto más claro y directo de esta última es que rompía la clásica doctrina del equilibrio de poder deseada por los realistas políticos –a quienes admiraban los defensores de la Doctrina de Seguridad Nacional y cuyo mensaje probablemente malinterpretaron¹ y por los viejos estadistas británicos y príncipes austriacos –especialmente por Metternich– que les precedieron en la belicosa Europa. Aquellos lograron estabilizar con un mínimo empleo de la fuerza el orden internacional y equilibrarlo con la justicia.²

Huelga decir, aunque a priori parezca contradictorio, que en el sistema bipolar hay tres tipos de actores, a saber: los jefes de

las coaliciones, los Estados obligados a tomar partido y a adherirse a uno de los bandos, y los Estados que desean permanecer al margen del conflicto, porque pueden hacerlo (Aron, 1985: 183). Este sistema no es más propenso a la guerra ni más inestable que el pluripolar, pero sí está más amenazado por una guerra general que, en caso de que estalle, hace casi inevitable que se vuelva ideológica. “La paz será belicosa y la guerra fría cuando esta prohibición –la de reclutar clientelas partidistas en el interior de los Estados– no exista, aun antes de que se desencadene la lucha a muerte”, escribió Aron (1985: 187). Tucídides lo había dicho ya dos mil años antes en la *Historia de la guerra del Peloponeso*. El sistema de las ciudades griegas era bipolar y el de la segunda mitad del siglo XX también, pero un sistema que afectaba al planeta entero difería en su naturaleza del de la antigüedad o del sistema de estados europeos, porque los medios de destrucción de la URSS y de los EE.UU. cambiaban la esencia de la competencia diplomática y estratégica. “Las diferencias cuantitativas –decía Aron (1985: 196)– provocan revoluciones cualitativas”. Las tres modalidades de la estrategia diplomática y militar de la Guerra Fría se resumían en los conceptos de disuasión, persuasión y subversión.

El poeta Walt Whitman, jubiloso defensor de la fe democrática, percibía un oscuro y amenazador futuro ya en el siglo XIX. No había una providencia especial para los estadounidenses, porque estaban embarcados en la misma historia que el resto de los hombres. El filósofo Henry Adams creía que América había llegado a la convicción de que debía soportar las cargas comunes

de la humanidad y luchar con las mismas armas de otras razas en la misma arena; no podía seguir ilusionándose con eludir las leyes de la naturaleza y los instintos de la vida (1904: 289). Estas ideas, escritas más de medio siglo antes del tiempo que ocupa a este trabajo, advertían que es imposible negar el propio tiempo y los avatares que a los hombres les toca vivir. Esto permite entender el periodo de la bipolaridad. La división del mundo en dos campos, el Occidente y el Comunismo, permitía que la disposición natural de quienes defendían la Doctrina de la Seguridad Nacional fuera la de adherirse al primero. Y aquél, en el tiempo perverso de la posguerra dilatada, estaba representado y capitaneado por los Estados Unidos de América. A quienes se adherían incondicionalmente al bloque occidental les parecía evidente hacerlo de esta manera porque la seguridad nacional formaba parte del postulado de la bipolaridad y no trataban de justificarla geopolíticamente. Era un imperativo, un “*fatum*”. Así, los países se embarcaban en ella.

Los teóricos y los prácticos de la seguridad nacional invocaban razones morales o históricas o incluso usaban el argumento de la subversión para adherirse a Occidente. Esta era una tesis sencilla, pues postulaban que todos los movimientos guerrilleros, todos los grupos terroristas o todos los partidos de izquierda –o los grupos que no lo eran, pero que, en su opinión, podrían llegar a serlo– estaban dirigidos desde Moscú. Era lógico este razonamiento si el comunismo, para estas personas, era un movimiento de conspiración mundial para conquistar el poder y monopolizarlo en la época de deca-

dencia capitalista. El marxismo –decían– se apoyaba políticamente en el terror y en el engaño de la gente, económicamente era colectivista y, socialmente, totalitario. Cuando se aducía que estos términos podían aplicarse también al fascismo, la respuesta lógica, fue que ambos eran variantes de una misma tendencia político-social. Sus objetivos y sus métodos eran idénticos. En una divertida metáfora, Burnham afirmaba que ambos sólo eran rivales “en el mismo sentido que lo son dos candidatos al campeonato de boxeo de pesos pesados” (1951: 95). El comunismo oficial defendía el terror como una forma legítima de defensa, necesaria de forma temporal, contra los enemigos de clase. Además, disponía de la mayor organización propagandística que jamás hubiera existido y no era en absoluto remiso a pactar con el enemigo –los países occidentales–, tal y como Stalin –el realista político supremo, según Kissinger, “paciente, astuto e implacable, el Richelieu de su época” (1996: 350)– había demostrado, convencido de la victoria final (Leites, 1953: 501).³ Tanto el combate como la discusión y la relación entre ambas partes estaban a la orden del día.

Mesianismo y paradojas

Al margen de estos razonamientos, era cierto que la URSS también hacía geopolítica y el temor de Occidente era que lograra extender su control directo al Atlántico y ensanchara su posición en el Pacífico, puesto que de lograrlo sus posibilidades de victoria aumentarían considerablemente. Si el “Heartland” de Mackinder era inviolable por definición

en la geopolítica clásica, las armas atómicas habían transformado el axioma y daban a la URSS fuerza renovada. El “señor de los mares” lo era EE.UU., pero el “señor de la tierra” lo era la Unión Soviética. Los Estados Unidos habían heredado el poderío naval británico y todo su imperio, pero la Unión Soviética podía ser dueña de toda la tierra desde Europa Central hasta Vladivostok, en la costa del Pacífico. De ahí que fuera creíble un imperio mundial comunista. Para quienes lo anhelaban, el comunismo era la anticipación del mundo perfecto, como lo había sido la Revolución Francesa o la Revolución Americana, con el advenimiento de una nueva república. Con el nacimiento de la libertad encarnada en el Nuevo Mundo, América era el soporte de la esperanza y el sueño mesiánico, la preferida por la Divina Providencia, pues Dios había elegido a toda una nación para enviar grano seleccionado al desierto, como dijo el puritano William Stoughton en 1668. Todo mesianismo es una expresión corrompida de la preocupación humana por lo primario dentro de las vicisitudes y azares del tiempo (Niebuhr, 1958: 156), pero el mesianismo soviético agrandaba esta idea porque culminaba de forma desmedida el sueño mesiánico estadounidense y todos los demás (Berdaiev, 1962). ¿Contradicción? ¿Locura del materialismo científico y dialéctico, que intentaban trascender la Historia de ese modo tan singular? Daba igual. Las paradojas soviéticas no acababan ahí. Era casi más extraño que el comunismo, supuesto defensor de un verdadero movimiento revolucionario, que admitía claramente su intención de acabar mediante la violencia con los valores –falsos– del pasado, pretendiera salvar el ideal democrático, valor

burgués y capitalista por excelencia. Kelsen explicaba este *sacrificium intellectus* aduciendo que ni siquiera la más revolucionaria filosofía de la vida podía soslayar el deseo indestructible del hombre de vivir en libertad (1957: 340).

Estas incoherencias marcaban el mundo de la bipolaridad, en donde la popularidad de un Grande –decía Aron con cínica resignación– estaba en relación inversa a su proximidad (1985: 683). En los años setenta la bipolaridad se invocaba en Iberoamérica por los partidarios de la Doctrina de Seguridad Nacional con más frecuencia que en los años más duros de la Guerra Fría. La visión del mundo fundada en la geopolítica mostraba la rivalidad de las naciones, que no eran más que voluntades de potencia y de poder. Las naciones se agrupaban en dos alianzas opuestas que representaban el bien y el mal, y encontraban su salvación en el alineamiento en uno de los dos bloques. Iberoamérica formaba parte de Occidente y su misión era seguir a la gran potencia que capitaneaba el anticomunismo para llevar a cabo su proyecto fundamental. La visión estadounidense ortodoxa respecto a este fenómeno, tal como fue expuesta por el gobierno del país, afirmaba que la Guerra Fría era la respuesta valiente de muchos hombres a la agresión comunista. Los geopolíticos partidarios de esta tesis la justificaban remontándose a las ambiciones de los zares que llevaron a la Guerra de Crimea; a la intromisión rusa en los Balcanes, Oriente Próximo y Medio; y a las presiones sobre las zonas cercanas a las posesiones británicas en la India. Los ideólogos lo achacaban al Manifiesto Comunista; y otros estudiosos y hombres de Estado concluían que el

paneslavismo ruso unido al mesianismo leninista se enfrentaron con Occidente al acabar la Segunda Guerra Mundial para dominarlo (Neumann, 1967). En realidad, la rivalidad Este-Oeste era un hecho gigantesco que acababa imponiéndose por sí solo.

LA GUERRA FRÍA Y SUS EFECTOS EN IBEROAMÉRICA (I)

Orígenes y naturaleza esencial

Schlesinger escribe que la controversia sobre el origen de la Guerra Fría había causado una pequeña guerra fría entre los historiadores. La escuela de las Puertas Abiertas argüía que el imperialismo estadounidense causó dicha guerra y la escuela geopolítica sostenía que dicha guerra fue la responsable de que se fortaleciera el imperialismo de los Estados Unidos (1988: 179). Para la teoría de las Puertas Abiertas, el imperialismo es siempre un vicio del capitalismo, por tanto la URSS era inmune a él. Sin embargo, tiempo atrás el viejo Jefferson, siempre preocupado por el equilibrio de poder, creía que cuando el poder de Europa estaba en unas solas manos los Estados Unidos estaban en peligro. Y esto era, gustara o no, una cuestión geopolítica. El equilibrio de poder moldeó el pensamiento de Roosevelt en política exterior y por eso intentó integrar a la URSS en un nuevo orden político internacional (Gaddis, 1982: 13). A efectos prácticos no importaba quién fuera el culpable, pues la Guerra Fría era un hecho consumado, la situación en la que se encontraba el mundo. No obstante, para los teóricos de la Doctrina de la Seguridad Nacional, la guerra contempo-

ránea se presentaba bajo la forma de la Guerra Fría y, aunque hubiera cambiado sus formas, había que responder de la manera adecuada. La Guerra Fría era una pugna permanente que se libraba en todos los planos –militares, políticos, económicos, psicológicos– y evitaba el enfrentamiento militar directo. La Doctrina de la Seguridad Nacional era, precisamente, una respuesta a ese tipo de guerra.

El origen del término “Guerra Fría” surgió tras la Segunda Guerra Mundial. Si bien fue un invento periodístico⁴ que popularizó Walter Lippman mediante una serie de artículos aparecidos en *The New York Herald Tribune*,⁵ su contenido lo enunciaron los autores que formularon la Doctrina Truman en 1947, especialmente George Kennan, Hans Morgenthau y Strausz-Hupé. La invención del vocablo se atribuyó a Richard Baruch pero en realidad lo acuñó el periodista Herbert Bayard Swope, autor de una interesante serie de reportajes sobre la Gran Guerra, que en 1946 era colaborador del gobierno de los Estados Unidos en la ONU.⁶ El punto de partida fue la interpretación que se dio de la política soviética, en la que se aseguraba que el comunismo era una repetición del nacionalsocialismo –ambos eran expansionistas– y que la actuación soviética era una política de guerra que perseguía la conquista del mundo. Todos los actos de la URSS debían interpretarse como una guerra “fría” de carácter político, económico y psicológico. Si su voluntad de guerra no se expresaba mediante acciones militares era porque se trataba de un nuevo tipo de guerra.⁷ Los occidentales la entendían como la respuesta a una URSS hostil, agresiva y peligrosa. En

la República Federal Alemana (RFA) en 1963 se definía como la forma procedente del agresivo comunismo mundial del enfrentamiento político-espiritual y psicológico-propagandístico con el mundo no comunista. El comunismo quería dominar la conciencia de las masas y deseaba que su influencia penetrara en todos los ámbitos vitales de la sociedad de los estados que no eran comunistas. La meta suprema de la Guerra Fría era el dominio completo del mundo y, para ello, intentaría utilizar medios no militares, aunque no renunciara a emplear a los ejércitos ocasionalmente. Por si fuera poco, los éxitos comunistas en la Guerra Fría podían también conducir a situaciones revolucionarias (Pereira, 1997: 13). Si ésta era la visión que existía en algunos sectores de las fuerzas armadas y de los gobernantes de la República Federal Alemana, en pleno corazón de Europa, no es raro que los partidarios de la Doctrina de Seguridad Nacional razo- naran tal y como lo hacían en América, temerosos de la revolución silente. Dos ideologías con pretensión universal, encarnadas cada una de ellas en una superpotencia, estaban condenadas a enfrentarse.

Los soviéticos también tenían su propia visión de la Guerra Fría, pues la integraron en la teoría marxista y la consideraron una particularidad de la lucha de clases a escala internacional. Los países capitalistas habían iniciado una ofensiva total contra el mundo socialista, que reaccionó con contundencia y con inteligencia al plantear una alternativa, la denominada coexistencia pacífica. Krushev lanzó esta política de acercamiento de los bloques que no significaba el fin de la lucha de clases, sino su transformación en

una competencia pacífica con el capitalismo. Tunkin, sin incurrir ni por asomo en la heterodoxia, aseguraba que la política de paz de los estados proletarios era consecuencia de la naturaleza del régimen socialista y el derecho internacional debería de garantizar la coexistencia pacífica de estados con sistemas opuestos. No en vano los principios de la política exterior de un Estado determinan siempre su posición en el derecho internacional (Remiro, 1982: 57-60). Así que la Guerra Fría era, en resumidas cuentas, la política agresiva del imperialismo estadounidense de los primeros años posbélicos. En la *Gran Enciclopedia Soviética* se definía como “un rumbo político agresivo que tomaron los círculos reaccionarios de las potencias imperialistas, bajo la dirección de los EE.UU. e Inglaterra, a raíz de la Segunda Guerra Mundial. [...] Está orientada [...] a agudizar la tensión internacional, y a crear las condiciones para el desencadenamiento de una nueva guerra mundial. [...] En la práctica [...] se ha hecho patente [...] en los intentos de sustituir por la violencia y la dictadura las normas generalmente reconocidas de las relaciones diplomáticas entre Estados” (Pereira, 1997: 16).

Reglas del juego y claves interpretativas

Las dos grandes potencias que se enfrentaban en el mundo jugaban conforme a reglas alejadas por completo del tradicional sistema de equilibrio de poder que había mantenido segura a Europa durante casi dos siglos. En el profundo conflicto ideológico, sólo los Estados Unidos tenían los medios

para organizar la defensa del mundo que no era comunista. Los conceptos tradicionales del poder se habían venido abajo, pues si normalmente la Historia mostraba que dentro de un Estado que aspiraba a ser potencia existían niveles semejantes de fuerza militar, política y económica, en la Guerra Fría la URSS era una superpotencia militar y un enano económico (Kissinger, 1996: 15-19). El Kremlin pensaba en las clásicas esferas de interés y en proteger sus fronteras, especialmente la occidental, pues la Madre Rusia fue atacada cuatro veces en poco más de un siglo.⁸ Probablemente sus objetivos iniciales no eran tanto la conquista del mundo como la seguridad rusa, habida cuenta de las obsesiones estalinistas en construir un glacis protector a lo largo de la frontera occidental rusa. Pero su economía era desastrosa. En certeras palabras decía Schlesinger que “Stalin no era el prisionero indefenso de la ideología. Se consideraba menos el discípulo de Marx y Lenin que su colega profeta. Ya había corregido la historia rusa, y tenía el poder de corregir la doctrina comunista. En verdad, sólo Stalin podía revisar la doctrina, y la doctrina no revisada condenó a la Unión Soviética y a Estados Unidos a una enemistad permanente” (1988: 215).

La estrategia de la contención –o “containment policy”– definía los objetivos de los Estados Unidos para la Guerra Fría, que se resumían en la idea de impedir todo avance del comunismo –al cual se identificaba con la URSS–. Aunque posteriormente algunos revisionistas hayan intentado desmontar estas ideas, es innegable que la Unión Soviética era un Estado totalitario, de inflexible ideología exaltadora de la infalibilidad del

gobierno y del partido,⁹ de carácter mesiánico,¹⁰ que identificaba diferencia ideológica con traición. Y mientras la URSS siguiese siendo un Estado mesiánico, la ideología, la obligaba a una expansión constante del poder comunista. La ya mencionada Doctrina Truman de marzo de 1947 fue la que afirmó que la política de los EE.UU. debía consistir en apoyar a los pueblos libres que se resistieran a todos los intentos de dominarlos, ya fuera por medio de minorías armadas o por medio de presiones exteriores. Y fue tranquilizadora para Occidente, aunque los británicos dudaban de que pudiese dar algo más que ayuda económica, pues creían que no se comprometería en serio en la defensa de Europa occidental (Rothwell, 1982: 259).¹¹ No era absurdo este razonamiento porque EE.UU. no intentó que los soviéticos se replegaran a sus fronteras tradicionales, sino que reconoció la inevitabilidad del dominio soviético de Europa Oriental.

Lo peor de esto es que la Guerra Fría y la Doctrina Truman proporcionaban una clave para interpretar todo lo que pudiera suceder en el mundo. Cada vez que en cualquier lugar del mundo se cuestionara el *statu quo*, se criticara agriamente al gobierno de los Estados Unidos o pudiera llegarse a hacerlo había que ver la sombra de la Guerra Fría y, por ende, la mano de Moscú. La reacción en el tiempo de la Guerra Fría era interpretar todo como si fuera una amenaza para la seguridad de los Estados Unidos. De esta manera, la Guerra Fría era una realidad presente en todas partes y en todos los momentos, además de servir para explicar de forma simple todos los acontecimientos mundiales.¹² No obstante, fueron las consi-

deraciones geopolíticas las que unieron a las democracias occidentales y no la voluntad de expandir el capitalismo y la libre empresa para aumentar los mercados –como dice la doctrina de las Puertas Abiertas–.

En virtud de este ideario, los Estados Unidos entraron en la guerra de Vietnam. Era una guerra contra el comunismo exigida por la famosa “teoría del dominó”. Se jugaba en ella el crédito de los Estados Unidos porque si se cedía en el Vietnam nadie creería en su determinación de defender a sus aliados contra el comunismo. Los Estados Unidos, que tras la Segunda Guerra Mundial habían ayudado a construir un nuevo orden internacional, ayudado a rehabilitar Europa y Japón, frenado la expansión soviética en Grecia, Turquía, Berlín y Corea, y firmando sus primeras alianzas permanentes en tiempos de paz, se embarcaron en una complicada aventura en Indochina. Los Estados Unidos entraron en esa guerra porque, según sus cálculos, Vietnam del Norte, controlado por China y ésta a su vez por el Kremlin, atacaba el equilibrio internacional. Indochina era además la piedra angular de la seguridad estadounidense en el Pacífico. Pero hasta los realistas políticos más conocidos, como Morgenthau, criticaron no la forma de hacer la guerra,¹³ sino la guerra misma (Podhoretz, 1982: 105). Laos era la base de la “teoría del dominó” y se temía que si llegaba a manos del comunismo podían después caer en rápida sucesión sus vecinos aún libres, Camboya, Vietnam del Sur, Tailandia y Birmania, y después todo el sudeste de Asia. Al final de la guerra los EE.UU. fallaron en su tarea de contener al comunismo y la URSS intentó extenderse por África y Asia,

pero también fracasó su deseo de dominio permanente. Quizá perjudicó a los primeros como no habían podido imaginar. “En el crisol de Vietnam –dice Kissinger–, el excepcionalismo norteamericano se volvió contra sí mismo. La sociedad norteamericana no discutió, como lo han hecho otras, los errores prácticos de su política, sino el derecho de los Estados Unidos a aspirar a cualquier función internacional. Fue este aspecto del debate sobre Vietnam el que causó las heridas que han resultado muy dolorosas y difíciles de restañar” (1996: 664).

CONTRADICCIONES

La historia de la Guerra Fría era la historia de las contradicciones entre la teoría y la práctica. Además, tuvo graves efectos desestabilizadores en América Latina porque sacó a relucir el enfrentamiento social abierto en los peores años de la crisis económica internacional habida durante los primeros años treinta. Desde el siglo XIX los Estados Unidos habían intentado que Latinoamérica fuera un área pacífica que diera seguridad al flanco sur del país (Jordan y Taylor, 1981: 436), pero en el periodo que atañe a este trabajo, la derecha más dura se adhirió sin fisuras a la línea estadounidense, caracterizada por su furibundo anticomunismo, mientras que la izquierda –parte de ella antes afiliada a un panamericanismo partidario de la democracia social– se vio sin apoyo por parte de los Estados Unidos (Veiga *et al.*, 1997: 165) especialmente en la transición de los tiempos de Truman a los de Eisenhower. La política conservadora de los Estados Unidos en Iberoamérica se valió de

dos instrumentos adoptados por la comunidad interamericana en 1947 y 1948: el Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca (TIAR) y la Organización de los Estados Americanos (OEA). Los Estados Unidos posiblemente los veían como parte de su entramado anticomunista; si la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN) los unía a Europa contra los soviéticos, el TIAR podía hacer lo mismo en América (Boersner, 1982: 255). Desde 1948 se colocó la seguridad militar y policial por encima de otros aspectos en Iberoamérica que, presumiblemente, hicieron posible el derrocamiento de los gobiernos de Perú y de Venezuela en ese mismo año y el de Cuba en 1952. El influjo del macartismo se hizo notar en todo el continente. Y si hasta 1953 los Estados Unidos toleraban rebeliones reformistas, el endurecimiento de la Guerra Fría¹⁴ les animó a respaldar denodadamente el antiizquierdismo, incluso el de carácter autoritario.

En Iberoamérica el concepto de Guerra Fría llegó a ser una ley, pues según la Doctrina de la Seguridad Nacional se estaba en guerra contra el comunismo internacional. La “distensión”, que desde la época de Kissinger al frente de la Secretaría de Estado era la doctrina oficial en la política exterior de los Estados Unidos, no se tomó en serio en el Cono Sur. En 1973 el general Breno Borges Fortes decía en Montevideo que tenía la convicción de que “en lo que concierne a la seguridad de las Américas no ha habido cambios fundamentales en cuanto a designar al enemigo común. Nuestro enemigo es siempre el movimiento comunista internacional que, en algunos casos, ha cambiado sólo su estrategia de acción, pero

sin renunciar a su objetivo final: la conquista del poder” (Comblin, 1979: 39). Esos años coinciden con cierto retroceso en América. A partir de 1973 se fortaleció el apoyo a los regímenes autoritarios. En Uruguay, en junio de 1973, Bordaberry dio un autogolpe en unión de los militares, disolvió el parlamento, los sindicatos, los partidos políticos de izquierda, purgó las universidades de elementos marxistas y extendió el terror. La suspensión de garantías constitucionales y la gobernación mediante decretos de emergencia de los meses anteriores al golpe de Estado, pensados para acabar con la violencia de los Tupamaros, acabaron siendo permanentes. En Brasil, desde el golpe militar de 1964, los dictadores militares, aliados con Nixon y su asesor Kissinger, fueron férreos defensores del occidentalismo, pues según la desarrollada geopolítica brasileña, las fronteras ya no eran territoriales, sino ideológicas y esto justificaba la contrainfiltración para golpear al enemigo infiltrado en un país vecino. Nixon decía que el Brasil podía ser un modelo para el resto de Iberoamérica. Algo parecido ocurrió con los regímenes de Chile y de la Argentina. En fin, todo un sistema de degradación democrática se instaló en el continente, aunque algunos países se esforzaran por mantener, más o menos, su carácter democrático, como México, Colombia, Venezuela o Ecuador. “El ámbito de las democracias, semidemocracias y «dictablandas» de Latinoamérica septentrional y del Caribe –dice Boersner–, no obstante sus contradicciones y divergencias internas [...] mantuvo pues, entre 1973 y 1976, una indudable coherencia fundamental, haciendo contrapeso a la tendencia de la parte meri-

dional y oriental de Sudamérica, hacia el retroceso represivo” (1982: 333). Con la llegada de Carter al poder en los EE.UU. en 1977 y hasta su salida en 1981, la defensa de los derechos humanos pareció marcar la política exterior del país, debilitados a partir de comienzos de los años ochenta de nuevo en el continente. Recuérdese que durante los años ochenta los Estados Unidos promovieron la paz y la seguridad en el continente favoreciendo a la vez –por ejemplo– la estabilidad de El Salvador y la inestabilidad de la vecina Nicaragua (Schoultz, 1987: 36).¹⁵

LA GUERRA FRÍA Y SUS EFECTOS EN IBEROAMÉRICA (II)

Para los defensores de la Doctrina de Seguridad Nacional, de la Guerra Fría se obtenía la idea de una guerra omnipresente en donde todo conflicto debía interpretarse como actividad de guerra del enemigo –el comunismo internacional–. Además la ideología del sistema era una respuesta a la inconsciencia de los pueblos iberoamericanos, pues parecía que desde los tiempos de la independencia de la metrópoli habían estado en guerra permanente, en constante revolución, y el ejemplo más claro y peligroso de aquella tendencia era el triunfo de la revolución cubana en 1959. El triunfo de los *barbudos*, que se habían alzado en armas contra el régimen de Batista en pos de una verdadera democracia (Meneses, 1995: 63),¹⁶ había acabado en 1961 con la proclamación de una república socialista. Esta tendencia se había extendido a velocidad de vértigo por el Continente. Los partida-

rios de la Doctrina de Seguridad Nacional querían mostrar a los iberoamericanos el estado de guerra que define la condición humana y prepararlos para actuar en consecuencia. En agosto de 1976, el aún coronel chileno Bacigalupo de la Academia Superior de Seguridad Nacional, afirmaba que para muchos resultaba difícil admitir que el mundo estaba viviendo en una situación de guerra permanente (1976: 37).

En el discurso que el general Pinochet dio el 11 de septiembre de 1973, día del golpe de Estado en Chile, toda su argumentación se basaba en la guerra abierta entre Chile y el comunismo. La década de los setenta era difícil en Hispanoamérica debido a la aparición de grupos insurgentes y contrainsurgentes en todo el continente, y aún iba a serlo más, sobre todo tras el triunfo de la revolución sandinista en Nicaragua en 1979 y la aparición de la segunda ola guerrillera. En noviembre de 1976 un oficial encargado del servicio de comunicaciones sociales del Gobierno chileno enviaba una circular a todas las instituciones nacionales para recordar a la nación que “el mundo actual está en guerra. El imperialismo soviético extiende cada vez más su dominación mediante una guerra de conquista que usa todas las formas conocidas de agresión moral, espiritual y física” (Morales: 1976). Y era tan peligroso porque su Dios –la dialéctica histórica– era santificado e identificado con los fines últimos de la vida (Niebuhr, 1958: 298-299). Era un enemigo con el que por vez primera en la historia no había nada en común.

Opiniones similares se mostraban en Iberoamérica en todos los países que aplicaban

la Doctrina de Seguridad Nacional. En octubre de 1975 el jefe del Estado Mayor del Ejército de Tierra del Brasil, general Fritz de Azevedo Manso, aseguraba que el mundo estaba en guerra y que era total, la que los regímenes militares invocaban como razón de ser y norma última de su política era la guerra total. Era, además, una guerra no deseada por los regímenes, sino impuesta por el comunismo. Su naturaleza expansionista, tal y como había asegurado Kennan, obligaba a frenarlo allá en donde la libertad estuviera amenazada en una suerte de contención permanente. La URSS, que había heredado la lógica expansionista de los zares, no podía más que crecer. Al fin y al cabo el Estado ruso –luego soviético– se había desarrollado mediante una fórmula de círculos concéntricos desde los ducados de Kiev, Moscovia y Novgorod. No conoció la Reforma, la Ilustración ni la división de poderes al mismo tiempo que el resto de Europa. Stalin había dicho, cuando la Segunda Guerra Mundial estaba a punto de llegar a su fin, que aquella guerra demostraría que comunistas y capitalistas tenían sistemas opuestos obligados a enfrentarse y que durante las operaciones militares había que ocupar tanto espacio como fuera posible. “Esta guerra no es como otras pasadas; el que ocupa un territorio también impone su propio sistema social. Todo el mundo impone su propio sistema hasta allí donde su ejército le permite llegar. No puede ser de otro modo”, era el conocido aforismo de Stalin (Judt, 2006: 201). Las repúblicas populares de posguerra rusificaron un espacio que había estado sometido pocos años antes al Imperio Austro-Húngaro y al Imperio Otomano, y se hicieron ciertas las palabras

de Karel Havlicock que aseguraban en 1844 que los rusos querían llamar a todo lo ruso, eslavo, para poder llamar a todo lo eslavo, ruso (Lozano, 1994: 103). Lo que diferenciaba a Stalin de otros edificadores de imperios e incluso de los denostados zares, era que él reproducía en los territorios sometidos a su control, las formas de gobierno y de sociedad idénticas a las de la URSS (Judt, 2006: 254). Era una fórmula infalible para el éxito.

CONCLUSIONES

La guerra siempre es el más espectacular de los problemas sociales; concibió la Historia y es la más notable de todas las formas de transición social. De hecho, es una forma de transición acelerada. Pues bien, la bipolaridad, que enlaza con aquélla, ahondaba en la idea de que América Latina debía integrarse en el bloque capitalista por razones morales de explicación superflua –por obvia– y por la necesidad de enfrentarse a la subversión comunista. Era la manera de enfrentarse a la perversidad marxista. Iberoamérica debía seguir la senda marcada por el capitán del Occidente y del anticomunismo: los Estados Unidos. Y por comunismo se entendía lo que pusiera en entredicho cualquier aspecto del mundo occidental, cualquier oposición. La paranoia anticomunista y el temor extremo eran los elementos fundamentales que unificaban la Doctrina de Seguridad Nacional y respondían a la nueva situación que organizó el mundo en dos bloques tras la Segunda Guerra Mundial.

Es más, el estado de guerra definía la condición humana en la concepción antropológica de los doctrinarios de la Seguridad Nacional. Y, según ellos, el mundo de la época estaba en guerra permanente por culpa del comunismo. La idea de guerra total se había desarrollado sobre conceptos de carácter estrictamente político y militar, como los de guerra generalizada, Guerra Fría y guerra revolucionaria, parte todos ellos del concepto mayor de “guerra”, que marcaba la historia humana. Al fin y al cabo, como decía Hálevy, todas las grandes convulsiones en la historia del mundo siempre han sido, al mismo tiempo, guerras y revoluciones (1930: 7). Por eso, todo debía estar al servicio de la guerra y lo que no lo estuviera debía suprimirse eliminando toda disidencia interna. Este pensamiento, trasladado a la realidad de América Latina, obligaba a que todos los ciudadanos tuvieran la obligación de adherirse a los valores y principios de la nación, ya que toda ella debía involucrarse en la guerra contra el comunismo. Lo que estaba en juego era la vida o la muerte.

Todo esto ocurría en plena Guerra Fría, que era el nuevo rostro de la guerra total, en la que se luchaba en todos los frentes posibles. Era el enfrentamiento entre el bien y el mal, sin paliativos. Se pensaba que el comunismo, al igual que lo había sido el nacionalsocialismo, era expansionista y aspiraba al dominio del mundo. Por eso, gracias a la Guerra Fría, podía interpretarse todo hecho que ocurriera en cualquier lugar del mundo de forma simple y directa. La mano de Moscú estaba detrás de cualquier asunto que afectara, siquiera de refilón, a Occidente y, por ende, a América Latina, cuyas contradicciones

eran resultado de ladinas manipulaciones. En realidad fue la Doctrina de Seguridad Nacional –más que el comunismo– la que, quizá sin prever sus consecuencias, dañó a un puñado de países iberoamericanos.

NOTAS

- ¹ Los devotos de la Doctrina de Seguridad Nacional amaban la bipolaridad. Los realistas políticos añoraban el sistema de equilibrio de poder. Por tanto, aquellos no podían ser, en puridad, herederos de estos.
- ² “Por irónico que parezca, Metternich se adelantó a Wilson en el sentido de que creyó que un concepto compartido de la justicia era un requisito para mantener el orden internacional, aunque su idea de la justicia fuese diametralmente opuesta de la que Wilson trató de institucionalizar en el siglo XX”. Estas palabras de Kissinger, reconocido realista, no son en absoluto compasivas con el príncipe austriaco, sino clarividentes (Kissinger, 1996: 78).
- ³ Stalin era partidario de diferir la guerra final con los capitalistas hasta después de que estos se enfrentaran entre sí. Ver discurso de Stalin pronunciado ante el XV Congreso del PCUS, 3-XII-1927, (citado en Leites, 1953).
- ⁴ Fue un producto casual de la prensa política y no un término inequívoco del lenguaje diplomático ni del Derecho Internacional. De ahí que no tenga una definición académica única y que Truman dijera en sus memorias que era un concepto inexacto e incorrecto –ver Truman, Harry S. (1965), *Memoirs*, New York, New American Library–. Eisenhower la definía como la paz incómoda; Foster Dulles como todo lo que no fuera guerra caliente.
- ⁵ Los recopiló en un libro publicado originariamente en 1947 titulado *The Cold War: A Study in US Foreign Policy*, New York & London, Harper and Brothers.
- ⁶ No obstante, es posible que su origen sea más antiguo. Y además, español. Se habla de “guerra fría” en el *Libro de los estados* de Don Juan Manuel, del siglo XIV. Ver Juan Manuel, Infante de Castilla (1991), *Libro de los estados*, Madrid, Castalia.
- ⁷ Pero era indiscutible, en opinión de los teóricos nombrados, que era una guerra. La intervención soviética en Europa oriental, la cuestión berlinesa, el rechazo del Plan Marshall o la actividad guerrillera en Grecia, por citar algunos ejemplos, formaban parte de un plan de conquista mundial.
- ⁸ Recuérdese la invasión napoleónica, la Guerra de Crimea, la Gran Guerra y la Segunda Guerra Mundial.
- ⁹ En la constitución leninista de 1918, la estalinista de 1936 y la breznéviana de 1978, el PCUS era el único partido por exigencias del sistema comunista. La unidad y la unicidad del partido eran necesarias para cumplir en el más breve plazo de tiempo la doctrina marxista. Si al fin de la Historia se iba a lograr indefectiblemente la toma del poder, la dictadura del proletariado, la desaparición del Estado y, finalmente, una suerte de Paraíso en la Tierra, había que acelerar el proceso. De ahí la cuestión lógica del materialismo histórico y dialéctico; uno ayudaba al otro a alcanzar el fin inevitable. Lo contrario era un crimen de lesa humanidad porque perjudicaba a los seres humanos.
- ¹⁰ Los escritores rusos más afamados, como Tolstoi, han desarrollado esta idea, que viene desde el tiempo de los zares.

- ¹¹ Bevin le comentaba a Bidault, ministro francés de Asuntos Exteriores, que se debía persuadir a los EE.UU. de que todos eran aliados en la causa de salvar la civilización occidental.
- ¹² En estas condiciones la guerra de los franceses en Indochina se consideraba una guerra contra el comunismo y no una guerra colonial. La guerra de Argelia y todas las de liberación nacional se entendían de la misma forma. La Conferencia de Bandung se interpretaba no como la oposición de buen número de países al colonialismo, sino como la infiltración comunista en el Tercer Mundo. Y la invasión de Corea del Sur, sin ir más lejos, era la manifestación de la voluntad de expansión mundial del comunismo. Sin embargo, junto a lo dicho, exagerado e ideologizado convenientemente, era cierto que en todos estos conflictos había voluntad de control por parte del comunismo internacional.
- ¹³ Los EE.UU. aplicaron su forma habitual de hacer la guerra en Vietnam, el desgaste basado en la potencia de fuego, la mecanización y la movilidad. En estos conceptos adiestraron al ejército sudvietnamita. Este sistema fue ineficaz en Vietnam porque funciona si el enemigo ha de defender un lugar vital para su supervivencia. Pero en la guerra de guerrillas, los combatientes no suelen tener necesidad de defender un sitio concreto.
- ¹⁴ A priori puede resultar chocante esta idea, pues fue en 1953 cuando murió Stalin y ascendió a la Secretaría General del PCUS Nikita Krushev, el iniciador de la coexistencia pacífica. No obstante, la política de coexistencia no se notó en todo el mundo, y en Iberoamérica, tan cercana a los Estados Unidos, los efectos fueron distintos.
- ¹⁵ Huelga decir que en la idea de “estabilidad” no hay valor intrínseco, pues para los países la estabilidad y la inestabilidad pueden ser igualmente ventajosas según sea el momento y el lugar.
- ¹⁶ Los principios del *Movimiento 26 de Julio* eran democráticos y el mismo Fidel Castro abominaba del marxismo. En 1958, en una entrevista con León Ramírez, senador enviado por Batista a la Sierra Maestra para negociar con Castro, éste insistía en que no quería tratar con comunistas para no hipotecar el futuro de la isla porque representaban “un imperialismo peor que el imperialismo yanqui y tan extraño a nuestra fe y a nuestras costumbres como este último”. Batista tenía interés en presentar a Castro como una avanzada del marxismo en Iberoamérica porque sabía que había estadounidenses dispuestos a ayudar con dinero y armas a quien se opusiese a la penetración del comunismo en el continente. Castro se hizo marxista tarde. Hasta el primero de mayo de 1961 Cuba no se definió como República Socialista de Cuba.

BIBLIOGRAFÍA

- Adams, Henry (1904), *History of the United States during the administration of Thomas Jefferson and James Madison*, New York, Mont-Saint-Michel and Chartres.
- Aron, Raymond (1985), *Paz y Guerra entre las naciones*, Madrid, Alianza Editorial.
- Bacigalupo, Enrique (1976), “El Estado y la Seguridad Nacional”, en *Seguridad Nacional*, t. I, Núm. 1.
- Berdiaev, Nicolas (1962), *The Russian Idea*, Boston, Beacon Press.
- Boersner, Demetrio (1982), *Relaciones Internacionales de América Latina*, Caracas-San José, Editorial Nueva Sociedad.
- Burnham, James (1951), *La lucha por el imperio mundial*, Madrid, Ediciones Pegaso.
- Seguridad Nacional* (circular firmada por Morales R. G., oficial de Estado Mayor, s/f, enviada en 1976.

- Comblin, José (1979), *La Doctrina de la Seguridad Nacional*, Santiago de Chile, Arzobispado de Santiago-Vicaría de la Solidaridad.
- Gaddis, John Lewis (1982), *Strategies of containment: A critical appraisal of postwar American National Security*, New York, Oxford University Press.
- Halévy, Elie (1930), *The World Crisis, 1914-1918: An Interpretation*, Oxford, Clarendon.
- Jordan, Amos A. y William J. Taylor (1981), *American National Security: Policy and Process*, Baltimore, The John Hopkins University Press.
- Juan Manuel, Infante de Castilla (1991), *Libro de los estados*, Madrid, Castalia.
- Judt, Tony (2006), *Postguerra. Una historia de Europa desde 1945*, Madrid, Taurus.
- Kelsen, Hans (1957), *Teoría comunista del derecho y del Estado*, Buenos Aires, Emecé.
- Kissinger, Henry (1996), *Diplomacia*, Barcelona, Ediciones B.
- Leites, Nathan (1953), *A Study of Bolchevism*, Glencoe (Illinois), Free Press of Glencoe.
- Lippmann, Walter (1947), *The Cold War: A study in US Foreign Policy*, New York & London, Harper and Brothers.
- Lozano, Pedro (1994), *Relaciones Internacionales. El gran consulado: de la Segunda Guerra Mundial a la coexistencia (1939-1975)*, Vol. I, Pamplona, EUNSA.
- Martins, Ricardo (1986), *A Segurança Nacional*, Sao Paulo, Editora Brasiliense.
- Meneses, Enrique (1995), *Castro: comienza la revolución*, Madrid, Espasa-Calpe.
- Moro, R. (1976), "Historia de un expansionismo geopolítico", en *Geopolítica*, Núm. 3/4 marzo-junio, pp. 27-41.
- Morales, R. (1976), 7"Seguridad Nacional", circular de oficial de Estado Mayor, sin fecha.
- Neumann, W. L. (1967), *After Victory: Churchill, Roosevelt, Stalin and the Making of the Peace*, New York, Evanston.
- Niebuhr, Reinhold (1958), *La ironía en la historia americana*, Madrid, Instituto de Estudios Políticos.
- Pereira, Juan Carlos (1997), *Los orígenes de la Guerra Fría*, Madrid, Arco Libros.
- Podhoretz, Norman (1982), *Why we were in Vietnam*, New York, Simon and Schuster.
- Remiro, Antonio (1982), *Derecho Internacional Público I. Principios Fundamentales*, Madrid, Tecnos.
- Rothwell, Victor (1982), *Britain and the Cold War, 1941-1947*, London, Cape.
- Schlesinger, Arthur (1988), *Los ciclos de la historia americana*, Madrid, Alianza Editorial.
- Schoultz, Lars (1987), *National Security and United States Policy toward Latin America*, New Jersey, Princeton University Press.
- Truman, Harry S., (1965), *Memoirs*, New York, New American Library.
- Veiga, Francisco et al. (1997), *La paz simulada*, Madrid, Alianza Universidad.